

en la que lucir los colores reales en el campo de batalla, sería motivo suficiente de felicidad.

En cuanto Alfonso Martínez, sí que podemos decir que es creación del Marqués. Después de la reina es el personaje mejor realizado.

En Tirso, el mercader está apenas apuntado con pinceladas de honradez, bizarría y lealtad a su reina:

Mercader: *“Mi hacienda os doy, no os la presto;
que vuestro valor cristiano
es bien que me obligue a esto.”*

(La reina le da en prenda las tocas que lleva sobre su cabeza).

*“.....
Como reliquias las quiero
guardar de la santidad
de tal reina.”*

(“La prudencia...”

Acto II, escena VIII).

En el Marqués de Molíns, la personificación de Alfonso representa aquel plebeyo airoso, más hidalgo y arrogante que los propios nobles y cuyo reflejo en el Siglo de Oro podía ser Pedro Crespo en el Alcalde de Zalamea o Peribáñez.

En el procurador a Cortes se compendian todas las virtudes y cualidades de las que carecen los desalmados conjurados: la honradez, la ingenua franqueza, la abnegación hasta el sacrificio, el honor caballeresco, amor al trono legítimo, en el que este tejedor ve el símbolo de las libertades públicas.

Donde adquiere su auténtico relieve es en la escena de la copa de oro. Corresponde al acto III de la obra. Ya están conjurados D. Enrique, D. Pedro, D. Juan, el Abad de Sahagún, Tubal (médico judío) y otros. Han pensado ofrecer a la reina una copa de vino envenenado por el judío para que muera y así poder hacerse cargo de la regencia del rey.

En Tirso también hay un veneno por parte de un judío. Allí es una medicina que se ofrece al niño-rey para que muera y el médico es también judío. (De todos es conocida la excelencia de la medicina árabe y judía durante la Edad Media.)

Pero mientras en Tirso, primero el cuadro de la reina y luego su presencia impiden cometer el delito y el judío, por el sólo hecho de la